

*Releyendo la campaña de Aníbal
en el Duero (220 a. C.): La apertura de la meseta
occidental a los intereses de las potencias
mediterráneas*

EDUARDO SÁNCHEZ MORENO

Departamento de Historia Antigua
Universidad Autónoma de Madrid

RÉSUMÉ

Cet article reprend —dans une perspective locale— les circonstances de la campagne menée par Hannibal Barca en l’an 220 avant J. C. vers la vallée moyenne du Douro. Au regard de la personnalité et des caractéristiques des peuples compris entre le Sud-est de la Péninsule Ibérique et l’environnement vaccaei, avec lesquels le général carthaginois entra en contact, nous proposons une série d’hypothèses explicatives sur les motivations qui poussèrent Hannibal vers la Meseta occidentale, les connaissances que celui-ci avait sur le plateau, l’itinéraire suivi jusqu’à *Helmantica* et *Arbucala* et les types de négociations engagées avec les peuples indigènes.

¿Cómo y cuándo las gentes y tierras del occidente meseteño de la Península Ibérica destapan su existencia a la cultura clásica? ¿En qué contexto se hacen eco las fuentes greco-latinas de la idiosincrasia de ese mundo interior? Las respuestas descansan en el proceso de conquista peninsular iniciado con la expansión bárquida, desencadenante en el último tercio del s. III a. C de la Segunda Guerra Púnica, y, concluida ésta, en la anexión de sucesivos territorios al poder romano.

Ahora bien, algo sin descubrir no es algo inexistente. La argumentación *ex silentio* es una de las grandes distorsiones para la investigación

histórica, de ahí que lejos de pensar que el territorio que aquí nos ocupa —identificable de forma aproximada con el espacio de carpetanos y sobre todo con el de vetones y vacceos— está ausente con anterioridad al 220 a. C. en que es alumbrado a raíz de la campaña de Aníbal a la meseta norte, hemos de conferir, y la arqueología así lo ratifica, que este remoto mundo tiene un palpitar propio que arrancó centurias atrás y que con seguridad era conocido en el exterior desde hacía tiempo. No cabe duda, sin embargo, que es con la entrada del interior peninsular en el patrimonio geográfico, histórico y militar del conquistador romano, cuando el volumen de información escrita sobre esas tierras antes ignotas empieza a atesorarse. De esta forma, un contexto de conquista como es el tiempo en el que escriben los historiadores al servicio de Aníbal, después Polibio y Posidonio, y a partir de ellos a más distancia Estrabón, Livio o Diodoro, depara, lógicamente, una historiografía militar¹ que poco se detiene en la etnografía o descripción detallada de lo que se va revelando a los ojos de los colonizadores². Sin embargo, aun siendo partes de guerra del bando vencedor, algunas son noticias aprovechables para el propósito de nuestra empresa.

En efecto, el objetivo de este artículo es conceder unos renglones al ingreso de la meseta occidental en el bagaje clásico con el fin de barruntar algo más sobre la vitalidad de esas tierras a partir —y a pesar— del dictado histórico-literario; en definitiva, intentar precisar la intensidad de tan particulares latidos antes de su alumbramiento textual. Para ello vamos a tomar como tema de análisis el episodio que descubre por vez primera en las fuentes a dichas tierras: la campaña que Aníbal lleva a la frontera duriense. Partiendo del examen de la aventura bárquida, para la

¹ Al ritmo del avance de la conquista se determinan con claridad una serie de etapas en el conocimiento del interior peninsular. Así se ha hecho recientemente desde un punto de vista militar (F. J. Gómez Espelosín, A. Pérez Largacha y M. Vallejo Girvés, *La imagen de Hispania en la Antigüedad Clásica*, Madrid, 1995, pp. 67-72) y atendiendo a la evolución del tratamiento literario (A. J. Domínguez Monedero, “La Meseta. Las fuentes literarias”, en *Leyenda y Arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*, II, Madrid, pp. 107-118).

² O al menos no se hace objetivamente, como bien demuestra el peso de la tradición estraboniana en la historiografía española. Una revisión crítica de estos aspectos en M. V. García Quintela, “Les peuples indigènes et la conquête romaine d’Hispanie. Essai de critique historiographique” *Dialogues d’Histoire Ancienne*, 16, 1990, pp. 181-220; id., *Mitología y mitos de la Hispania Prerromana*, III, Madrid, 1999, pp. 29-72.

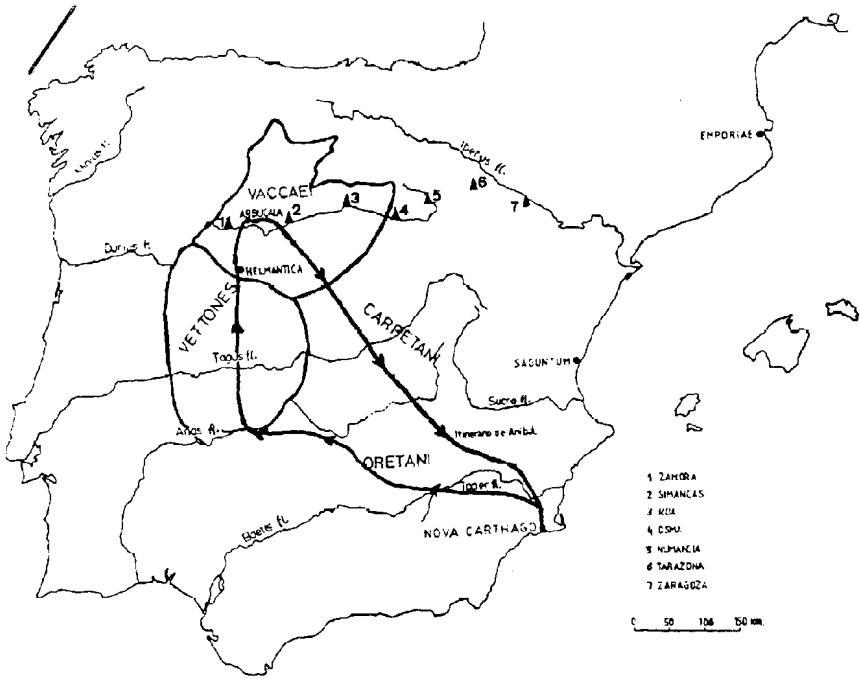


Fig. 1: Reconstrucción del recorrido de Aníbal en la campaña del Duero (220 a. C.) (Dominguez Monedero, 1987: 242; modificado).

que propondremos alguna hipótesis personal en relación al por qué y cómo de su desarrollo, se tratará de valorar desde un punto de vista interno el interés que aquel espacio entre tinieblas pudo brindar a las potencias mediterráneas.

La campaña que Aníbal Barca protagoniza contra las ciudades vaccae de *Helmantica* y *Arbucala* en el 220 a. C. es una aventura a caballo entre el ataque que la primavera anterior había realizado contra los olcades del sureste de la meseta y la controvertida toma de Sagunto que iba a emprender al año siguiente. La noticia es transmitida primeramente por

Polibio³ y, cercana a la de éste por provenir de la misma fuente (Sósilo) pero con mayor detalle, por Livio⁴. La campaña ha sido interpretada de

³ Polibio III, 13, 5-14, 10:

“Aníbal se hizo cargo del mando y al instante hizo una salida para someter a la tribu de los olcades: Llegó a *Altea*, su ciudad más fuerte, y acampó junto a ella. Luego la atacó de manera enérgica y formidable y la tomó en poco tiempo; ello hizo que las demás ciudades, espantadas, se entregaran a los cartagineses. En ellas Aníbal recaudó dinero; tras hacerse con una fuerte suma se presentó en Cartagena para pasar allí el invierno. Trató con libertad a los súbditos, anticipó parte de su soldada a sus compañeros de armas y les prometió aumentarlas, con lo que infundió grandes esperanzas en sus tropas, y al propio tiempo se hizo muy popular. Al verano siguiente salió de nuevo, está vez contra los vacceos, lanzó un ataque súbito contra *Helmantica* y la conquistó; tras pasar muchas fatigas en el asedio de *Arbucala*, debido a sus dimensiones, al número de habitantes y también a su bravura, la tomó por la fuerza. Ya se retiraba, cuando se vio expuesto súbitamente a los más graves peligros: le salieron al encuentro los carpetanos, que quizás sea el pueblo más poderoso de los de aquellos lugares; les acompañaban sus vecinos, que se les unieron excitados principalmente por los olcades que habían logrado huir; les atacaban también, enardecidos, los helmantinos que se habían salvado. Si los cartagineses se hubieran visto en la precisión de entablar con ellos una batalla campal, sin duda alguna se habrían visto derrotados. Pero Aníbal, que se iba retirando con habilidad y prudencia, tomó como defensa el río llamado Tajo, y trabó el combate en el momento en el que el enemigo lo vadeaba, utilizando como auxiliar el mismo río y sus elefantes, ya que disponían de cuarenta de ellos. Todo le resultó de manera imprevista y contra todo cálculo. Pues los bárbaros intentaron forzar el paso por muchos lugares y cruzar el río, pero la mayoría de ellos murió al salir del agua, ante los elefantes que corrían la orilla y siempre se anticipaban a los hombres que iban saliendo. Muchos también sucumbieron dentro del río mismo a manos de los jinetes cartagineses, porque los caballos dominaban mejor la corriente, y los jinetes combatían contra los hombres de a pie desde una situación más elevada. Al final cruzó el río el mismo Aníbal con su escolta, atacó a los bárbaros y puso en fuga a más de cien mil hombres. Una vez derrotados, nadie de allá del Ebro se atrevió fácilmente a afrontarle, a excepción de Sagunto” (traducción de M. Balasch Recort, *Polibio. Historias, Libros I-IV*, Madrid, 1981, pp. 286-288).

⁴ Livio XXI, 5, 1-17:

“(1) Pero desde el día en que fue proclamado general, como si le hubiese sido asignada Italia por decreto como provincia y se le hubiese encargado la guerra contra Roma (2) persuadido de que no había momento que perder no fuese a ocurrir que también a él como a su padre Amílcar y después a Asdrúbal lo sorprendiese alguna eventualidad mientras andaba en vacilaciones, decidió hacer la guerra a los saguntinos. (3) Como al atacarlos iba a provocar con toda seguridad una reacción armada por parte de los romanos, llevó primero a su ejército al territorio de los olcades (pueblo éste situado en el territorio de los cartagineses más que bajo su dominio, al otro lado del Ebro), para que pudiese dar la impresión, no de que había atacado a los saguntinos, sino de que se había visto arrastrado a esta guerra por la concatenación de los hechos, una vez dominados y anexionados los pueblos circundantes. (4) Asalta y saquea la rica ciudad de *Cartala*, capital de dicho pueblo; sacudidas por esta amenaza, las ciudades más pequeñas se someten a su dominio imponiéndoles un tributo. El ejército victorioso y cargado de botín es conducido a Cartagena a los cuarte-

distintas formas por la historiografía moderna, primando las razones políticas o militares. Entre las explicaciones más usuales se hallan el control estratégico de la Península, defendido por ejemplo por J. M.^a Blázquez⁵, la exhibición de una política incursionista, de gran efecto pero de dominio pasajero⁶, y el propósito por parte del bárquida de poner orden

les de invierno. (5) Allí, repartiendo con generosidad el botín y abonando debidamente las pagas militares atrasadas se aseguró por completo las voluntades de conciudadanos y aliados y a principios de la primavera puso en marcha la guerra contra los vacceos. (6) *Hermánica* y *Arbocala*, sus ciudades, fueron tomadas por la fuerza. *Arbocala* se defendió largo tiempo gracias al valor y al número de sus habitantes. (7) Los fugitivos de *Hermánica* después de unirse a los exiliados de los olcades, pueblo dominado el verano anterior, instigan a los carpetanos (8) y, atacando a Aníbal a su regreso del territorio vacceo no lejos del río Tajo, desbarataron la marcha de su ejército entorpecido por el botín. (9) Aníbal obvió el combate y después de acampar a la orilla del río, una vez que reinó la calma y el silencio en el lado enemigo, vadeó el río, levantó una empalizada de forma que los enemigos tuviesen sitio por donde cruzar y decidió atacarlos cuando estuvieran cruzando. (10) Dió orden a la caballería de que atacasen a la columna entorpecida cuando la vieses metida en el agua; los elefantes, pues había cuarenta, los colocó en la orilla. (11) Entre carpetanos y tropas auxiliares de olcades y vacceos sumaban cien mil, ejército invencible si la lucha se desarrollara en campo abierto. (12) Por ello, intrépidos por naturaleza y confiando además en el número, y creyendo que el enemigo había retrocedido por miedo, convencidos de que lo que retrasaba la victoria era el hecho de estar el río por medio, lanzando el grito de guerra se precipitan al río de cualquier manera, sin mando alguno, por donde a cada uno le pillaba más cerca. (13) También desde la otra orilla se lanza al río un enorme contingente de jinetes, y en pleno cauce se produce un choque absolutamente desigual (14) puesto que mientras el soldado de a pie, falto de estabilidad y poco confiado en el vado, podía ser abatido incluso por un jinete desarmado que lanzase su caballo al azar, el soldado de caballo, con libertad de movimientos para sí y para sus armas, operaba de cerca y de lejos con un caballo estable incluso en medio de los remolinos. (15) En buena parte perecieron en el río; algunos, arrastrados en dirección al enemigo por la corriente llena de rápidos, fueron aplastados por los elefantes. (16) Los últimos, que encontraron más segura la vuelta a la orilla, después de andar de acá para allá se reagruparon, y Aníbal, antes de que se recobrasen sus ánimos de tan tremendo susto, metiéndose en el río en formación al cuadro los obligó a huir de la orilla, y después de arrasar el territorio en cosa de pocos días recibió también la sumisión de los carpetanos. (17) Desde ese momento quedaba en poder de los cartagineses todo el territorio del otro lado del Ebro, exceptuando los saguntinos” (traducción de J. A. Villar Vidal, *Tito Livio. Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV. Libros XXI-XXXV*, Madrid, 1993, pp. 16-18).

⁵ J. M.^a Blázquez Martínez, *Ciclos y Temas de la Historia de España. La Romanización*, I, Madrid, 1974, p. 91.

⁶ Así, V. Bejarano, “Fuentes antiguas para la historia de Salamanca”, *Zephyrus*, 6, 1955, p. 97 y 102; A. Lozano Velilla, “Conquista de España por Roma”, en *Historia General de España y América, I-2. De la Protohistoria a la conquista romana*, Madrid, 1987, p. 395; J. M.^a Blázquez Martínez, “Los Bárquidas en la Península Ibérica”, en *II Congreso*

en la periferia de los dominios cartagineses, una franja afectada por las frecuentes inserrucciones de los pueblos meseteños⁷. Cierta parte ha tenido la explotación minera de la zona que sugiriera J. M. Roldán en su estudio sobre la Vía de la Plata⁸; pero parece claro que el subsuelo vacceo, a diferencia de otros occidentales como el vetón, el astur o el betúrico, no es especialmente rico en minerales aprovechables industrialmente. Se nos hace más acertado pensar en la obtención de botín y mercenarios, tal como arguyen muchos autores⁹, si bien consideramos que ésta no fue la razón única, sino más bien un beneficio adicional. En este sentido multifactorial, no hace mucho J. M.^a Solana sintetizaba las causas de la campaña vaccea en la suma de tres búsquedas proyectadas por Aníbal: reservas de grano para las tropas (siguiendo a A. J. Domínguez Monedero), mercenarios para su ejército (especialmente de caballería) y prisioneros de guerra para ser empleados como mano de obra en las minas de Cartago Nova y del alto Guadalquivir¹⁰. Recientemente J. Manegas aduce la sal como instrumento de presión que Aníbal utiliza para conseguir la fidelidad y correspondencia económico-militar de los pueblos vetón y vacceo. Así, el objetivo bárquida fue controlar la amenaza de aquellos meseteños consumidores de sal hacia el sur en busca de este producto deficitario en su tierra de origen. Asegurado el monopolio de las salinas meridionales, Aníbal pretendía con su marcha a la meseta norte que los indígenas siguieran comprando sal a cambio de sus productos agropecuarios, lo cual pudo verse acompañado de un compromiso por

so Internazionale di Studi Fenici e Punici, Roma, 1989, pp. 127-136 (publicado igualmente en la obra compiladora del mismo autor: *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Madrid, 1992, pp. 491-523).

⁷ C. González Wagner, "Los Bárquidas y la conquista de la Península Ibérica", *Gerión*, 17, 1999, pp. 271-272.

⁸ J. M. Roldán Hervás, *Iter ab Emerita Asturicam. El camino de la Plata*, Salamanca, 1971, p. 182, mantenido en id., "Cartago y Roma en la Península Ibérica", en J. M.^a Blázquez Martínez et alii, *Historia de España Antigua. Tomo II, Hispania Romana*, Madrid, 1988 (3.^a ed.), pp. 27-28.

⁹ F. Wattenberg Sanpere, *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*, Madrid, 1959, p. 31; M. Vigil Pascual, *Historia de España Alfaguara, vol. I, Edad Antigua*, Madrid, 1973, p. 238; G. Chic García, "La actuación político-militar cartaginesa en la Península Ibérica entre los años 237 y 218 a. C.", *Habis*, 9, 1978, pp. 239-240; J. M. Roldán Hervás, "Zamora: conquista e integración administrativa", en *Historia de Zamora. Tomo I. De los Orígenes al final del Medievo*, Zamora, 1995, p. 197; etc.

¹⁰ J. M.^a Solana Sainz, "Fuentes antiguas de Salamanca", en *Actas del I Congreso de Historia de Salamanca (Salamanca, 1989)*, I, Salamanca, 1992, p. 276.

parte de los meseteños de colaborar militarmente con Cartago ofreciendo auxiliares para acrecentar su ejército¹¹. La teoría es interesante, pero acaso excesivamente anecdótica para ser utilizada como razón única de la empresa del 220 a. C.

Coincidimos en líneas generales con la sugestiva teoría planteada hace poco más de una década por A. J. Domínguez Monedero¹². Según su argumentación, el caudillo cartaginés se desplaza a aquel solar meseteño de manera en absoluto casual y sin relación aparente con la campaña contra los olcades de un año antes, para abastecerse del grano vacceo de cara a su ya inmediata aventura itálica. El aprovisionamiento de trigo, además de otras posibles mercancías, se materializaría asegurando el envío de las cosechas desde la cuenca media del Duero hasta la desembocadura del Ebro donde Aníbal dispondría de la carga, de tal forma que en dos años (220-218 a. C.) se habría acumulado suficiente cantidad de cereal como para que el cartaginés acometiera el paso de los Pirineos y los Alpes¹³. Consideramos viable esta lectura pues se adecua en líneas generales a los datos que desprenden las fuentes sobre el potencial agrícola y la capacidad organizativa de las comunidades vacceas, aspectos de los que nos hemos ocupado recientemente¹⁴. Por tanto adaptamos esta explicación para la empresa vaccea de Aníbal a la que, eso sí, añadiremos un par de pequeños matices personales que habrán de comprobarse en un futuro.

¹¹ J. Mangas Manjarrés, *De Aníbal al emperador Augusto. Hispania durante la República romana*, Madrid, 1995, p. 16; J. Mangas Manjarrés y M.^a R. Hernando Sobrino, “La sal y las relaciones intercomunitarias en la Península Ibérica durante la Antigüedad”, *Memorias de Historia Antigua*, 11-12, 1990-91, p. 228, n. 28.

¹² A. J. Domínguez Monedero, “La campaña de Aníbal contra los Vacceos: sus objetivos y su relación con el inicio de la 2.^a Guerra Púnica”, *Latomus*, 45, 1986, pp. 241-258.

¹³ “La comunicación entre el territorio vacceo y la orilla púnica del Ebro estaría garantizada; si tenemos en cuenta que la red viaria romana sigue rutas prerromanas por lo general, podremos afirmar que la comunicación se realizaba a través del valle del Duero, vía Zamora, Simancas, Roa, Osma, lugar éste donde abandonaba el valle, para internarse hasta Numancia, desde donde iniciaba el paso del Sistema Ibérico a través del puerto del Madero, para llegar hasta Tarazona, desde donde seguiría el valle del Ebro hasta Zaragoza, siguiendo eventualmente hasta la desembocadura del río” (A. J. Domínguez Monedero, “La campaña de Aníbal contra los Vacceos...”, n. 11, p. 257).

¹⁴ E. Sánchez Moreno, “Los vacceos en las fuentes literarias. Historia, geografía y etnografía de una entidad prerromana a ojos de los clásicos”, *Hispania Antiqua*, 22, 1998, pp. 51-74; id., “La agricultura vaccea: ¿un *topos* literario? Ensayo de valoración”, *Memorias de Historia Antigua*, 19-20, 1998-99, pp. 81-110.

En primer lugar, aparte de que Aníbal encargara a los dirigentes de las comunidades vacceas el porte del cereal durante los meses siguientes hasta el bajo Ebro, pensamos que en su accidentado regreso el cartaginés pudo llevar ya una importante carga de trigo, el excedente de que dispusieran los vacceos en aquel momento, otoño del 220 a. C. pues la marcha hacia la meseta occidental fue iniciada a comienzos de la primavera¹⁵, tiempo por lo tanto aparentemente coincidente con la época de cosecha¹⁶. Aunque de entrada no parece apropiado pensar que los elefantes cargaran las mercancías (de sobras es conocida la función de los paquidermos como vehículo de embate militar —¿en exclusiva?— en el mundo antiguo), la idea de carros y caballerías colmados de cargamento podría reflejarse en los clásicos cuando Livio¹⁷ se refiere a que al ser atacados a la vuelta por un conglomerado de meseteños a la altura del Tajo, los cartagineses encuentran grandes problemas entre otras cosas por estar entorpecidos por su botín; tal vez no tanto botín a base de joyas y otros enseres, sino, además y sobre todo, un botín alimenticio engarzado en los lomos de caballos y bestias de carga, amén de carruajes. Así, sin necesidad de esperar un tiempo, Aníbal ya tenía asegurados los víveres de una temporada. Por otra parte, esas vituallas tomadas de las tierras meseteñas quizá no sólo fueran cerealísticas sino que, aprovechando la ocasión, se complementarían con bienes ganaderos de las prestigiosas cabañas vetonas y vacceas. Diciendo esto asumimos, como un poco más adelante se expone, que Aníbal atravesó el país vetón para alcanzar *Helmantica* (Salamanca), un enclave fronterizo a vetones y vacceos, y *Arbocala*, población que también vemos mejor identificada al sur del Duero en El Alba, Villalazán (Zamora) —o mejor en el vecino e imponente cerro de El Vi-

¹⁵ Livio XXI, 5, 5.

¹⁶ Sobre estos aspectos de agricultura prerromana, vide B. Mariscal Álvarez, C. Cubero Corpas y B. Uzquiano Ollero, “Paisaje y recursos del valle del Duero durante el primer milenio a. C. a través de la paleobotánica”, en G. Delibes de Castro, F. Romero Carnicero y A. Morales Muñoz (eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a. C. en el Duero medio*, Valladolid, 1995, pp. 434-440; C. Cubero Corpas, “Agricultura y recolección en el área celtibérica a partir de datos paleocarpológicos”, en F. Burillo Mozota (ed.), *IV Simposio sobre los Celtíberos. Economía. Homenaje a J. L. Argente Oliver (Daroza, Zaragoza; Septiembre 1997)*, Zaragoza, 1999, pp. 55-61; E. Sánchez Moreno, “La agricultura vaccea: ¿un topos literario?...”, n. 14, p. 90; y A. Esparza Arroyo, “Economía de la Meseta prerromana”, *Studia Historica. Historia Antigua. (Estudios de economía antigua en la Península Ibérica: nuevas aportaciones)*, 17, 1999, pp. 90-92.

¹⁷ Livio XXI, 5, 8.

so de Bamba, que pudo ser el núcleo originario anterromano—, que en Toro, correspondencia tradicionalmente asumida, entre otras cosas porque de haber sido este último el emplazamiento es de esperar que las fuentes mencionaran el paso por el río Duero¹⁸. No es aventurado pensar que en su travesía Aníbal se aprovechara del potencial ganadero (bovinos, porcinos y ovicaprinos) brindado por las dehesas y valles del occidente meseteño, más aún cuando lo que buscaba era sobre todo aprovisionamiento alimenticio, con independencia de que el objetivo primero fuera el trigo que las comunidades del eje Duero-Pisuerga producían con gran rentabilidad supuestamente gracias ya —según defiende Domínguez Monedero— a la puesta en funcionamiento del particular sistema de explotación colectiva que las fuentes citan para tiempos de la guerra celtibérica¹⁹.

Expuestas así las cosas, llega el momento de plantearse una serie de cuestiones en relación con nuestro propósito. Compilamos cuatro interrogantes:

1. ¿Cómo se alcanza en la estrategia política de Aníbal el territorio vacceo como meta? En otras palabras, ¿quién informa a Aníbal de las riquezas obtenibles al dirigirse hacia el Duero?
2. ¿Cuál es el itinerario que sigue el cartaginés en la ida y vuelta a esas tierras?
3. ¿Qué tipo de gestión desarrolla al contactar con los indígenas meseteños?
4. ¿Qué nos sugieren, desde el punto de vista meseteño, los acuerdos que Aníbal pudo establecer más o menos forzosamente con aquellos grupos?

1. INFORMACIÓN, INTERÉS Y ACCESO

Está claro que Aníbal tenía un conocimiento preciso de lo que la realidad socio-económica vaccea le podía ofrecer, por ello encaminar-

¹⁸ En primera instancia R. Martín Valls y G. Delibes de Castro, “Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VII)”, *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 46, 1980, pp. 126-128.

¹⁹ A. J. Domínguez Monedero, “La campaña de Aníbal contra los Vacceos...”, n. 12; E. Sánchez Moreno, “La agricultura vaccea: ¿un topos literario?...”, n. 14, pp. 82-88, con repaso del tratamiento historiográfico del colectivismo vacceo.

se hacia el noroeste meseteño no fue casual sino premeditado. ¿Cómo pudo disponer de tal conocimiento, máxime cuando ninguno de sus antecesores púnicos había logrado controlar un territorio tan al septentrión?²⁰

Polibio y Livio nos dicen que tras someter a los olcades²¹ en el 221 a. C. Aníbal inverna con sus tropas en Cartago Nova donde procede a repartir con holgura el botín capturado. En la primavera siguiente inicia la marcha hacia el Duero sin especificarse en las fuentes el punto de partida²², aunque es presumible que fuera la capital bárquida. Pero, ¿realizó Aníbal algún movimiento en los meses que van desde el invierno del 221 a. C. hasta la primavera del 220 a. C.? Las fuentes nada dicen. En nuestra opinión el general púnico pudo dirigirse al inmediato territorio oretano, bajo control cartaginés desde años atrás, de forma rutinaria o con al-

²⁰ En los últimos tiempos se está subrayando el alcance de la presencia púnica en tierras interiores incluso en momentos pre-anibálicos. Apoyada en distintos testimonios, esta idea subyace con gran acierto en obras como: M. Bendala Galán, “Los cartagineses en España”, en *Historia General de España y América*, I-2, Madrid, 1987, esp. pp. 138-144; C. González Wagner, “The Carthaginians in Ancient Spain: From administrative trade to territorial annexation”, en H. Devijver y E. Lipinski (eds.), *Punic Wars. Proceedings of the Conference held in Antwerp, 1988*, Lovaina, 1988, pp. 145-156; *id.*, “Los Bárquidas y la conquista.”, n. 7; M.^a P. García Bellido, “Sobre las dos supuestas ciudades de la Bética llamadas Arsa. Testimonios púnicos en la Baeturia túrdula”, *Anas*, 4, 1993, pp. 91-92; *ead.*, “Célticos y púnicos en la Beturia según sus documentos monetales”, en *Celtas y túrdulos: la Beturia. Cuadernos Emeritenses*, 9, Mérida, 1995, pp. 255-291; J. L. López Castro, *Hispania Poena. Los fenicios en la Hispania romana*, Madrid, 1995, espc. pp. 73-97; A. J. Domínguez Moncedero, “De nuevo sobre los Libiofenicios: un problema histórico y numismático”, en M.^a P. García Bellido y R. M. Sobral (eds.), *La moneda hispánica: ciudad y territorio. Anejos de Archivo Español de Arqueología* 14, Madrid, 1995, pp. 111-116; *id.*, “Libios, libiofenicios, blastofenicios: elementos púnicos y africanos en la Iberia bárquida y sus pervivencias”, *Gerión*, 13, 1995, pp. 221-239.

²¹ Pueblo prerromano poco definido, vecino de la región edetana. Su territorio se sitúa de forma imprecisa entre el Tajo y el Guadiana en el oriente submeseteño, aproximadamente la actual provincia de Cuenca. Aparece mencionado sólo en los hechos desencadenantes de la Segunda Guerra Púnica, omitiéndose con posterioridad su individualidad dentro de la esfera celtibérica. Tampoco hay exactitud sobre la localización de la ciudad de *Althea*, según Plinio, o *Cartala*, para Livio, capital de los olcades. Acerca de este pueblo, *vide* la síntesis de M.^a P. González-Conde Puente, “Los pueblos prerromanos de la Meseta Sur”, en M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum* 2-3, Madrid, 1992, pp. 301-309; y F. Burillo Mozota, *Los celtíberos. Etnias y estados*, Barcelona, 1998, pp. 151-154.

²² Livio XXI, 5, 5.

guna motivación concreta²³. Quizá fue entonces cuando concluyó el matrimonio con una joven princesa castulonense, Imilce²⁴, medida política idéntica a la practicada por su cuñado Asdrúbal con anterioridad²⁵. Y no sólo eso. Allí, en alguna de las principales y más activas ciudades oretanas, *Castulo* o tal vez *Sisapo*, Aníbal pudo tener noticia en voz de aquellos aliados de las posibilidades que el país de vetones y vacceos ofrecía a la política bárquida. Reconocemos que la hipótesis planteada no se apoya sobre base argumental consolidada, pero vemos posible que fueran los oretanos quienes informaran al cartaginés de la existencia de un territorio meseteño más profundo pero atractivo para el fin anibálico ya reseñado²⁶.

¿En qué apoyamos la deducción de que oretanos y meseteños occidentales eran ámbitos conectados, desde bastante antiguo en nuestra opinión, dándose opción, así, a que fueran los primeros quienes advirtieran a Aníbal del potencial económico de los segundos? En primer lugar ha de apuntarse que oretanos y vetones sin compartir amplia frontera, son territorios geográficamente comunicados, entre otros elementos por el valle del Guadiana y el paso por los Montes de Toledo como periferia suroriental vetona y noroccidental oretana respectivamente, actuando el espacio carpetano como cuña entre ambos²⁷. Acudiendo a los textos, ade-

²³ Sobre la presencia cartaginesa en Oretania, M.^a P. García-Gelabert Pérez y J. M.^a Blázquez Martínez, “Los cartagineses en Turdetania y Oretania”, *Hispania Antiqua*, 20, 1996, pp. 7-21.

²⁴ Livio XXIV, 41; Silio Itálico III, 97.

²⁵ Diodoro XXV, 12.

²⁶ Si bien no está nada claro que fuera entonces (primeros meses del 220 a. C.) cuando Aníbal contrajera matrimonio con la noble de Cástulo, pues sabemos que al regreso del Duero y antes de abandonar Iberia declarada ya la guerra contra Roma, el caudillo púnico volvió en alguna ocasión puntual al valle del Guadalquivir.

²⁷ En relación a la confluencia territorial de estos grupos prerromanos en el sector occidental de la meseta meridional nos remitimos a los siguientes trabajos: M.^a P. González-Conde Puente, “Elementos para una delimitación entre vettones y carpetanos en la provincia de Toledo”, *Lucentum*, 5, 1986, pp. 87-93; R. Castelo Ruano y E. Sánchez Moreno, “*De Verribus Vettonum*. El verraco de Talavera la Nueva (Toledo) y algunas notas sobre la arqueología de las tierras orientales vetonas”, *Zephyrus*, 48, 1995, pp. 322-325; E. Sánchez Moreno, “La cuestión de los límites y fronteras en los pueblos prerromanos de la Península Ibérica: el caso de los vetones y su marco territorial”, en *III Congreso Peninsular de Historia Antigua (Vitoria, 1994)*, en prensa (pre-actas, I, pp. 494-507). Se acepta que en su confín suroriental, allá por la convergencia de las provincias de Cáceres y Badajoz con la de Ciudad Real, los vetones llegaron a ser vecinos de los oretanos, sin embargo nos pare-

más, hallamos una vía de posible sanción. Un desatendido y ambiguo dato recopilado por Aurelio Víctor²⁸ en el que se habla de la unión de vetones y oretanos luchando recién estrenado el siglo II a. C. contra el pretor de la Ulterior, Fulvio Nobilior²⁹, puede indicar la proximidad cultural de estas dos entidades étnicas desde antiguo, coaligadas políticamente en ese momento al enfrentarse a un enemigo común (seguramente no por primera vez, aunque sea éste su primer registro textual). Y no sólo contacto de oretanos con vetones, pues en esos años (193-192 a. C.) estos últimos luchan conjuntamente con vacceos, celtíberos y algunos carpetanos cuando *Toletum* sufre el ataque de Marco Fulvio³⁰. Los oretanos directamente, o tal vez secundariamente a través de los vetones, también podrían saber bastantes cosas de los vacceos, información que le sería detallada a Aníbal. Barajando esta hipótesis, tal vez no tengamos que desacreditar la noticia³¹ de la muerte de Amílcar luchando frente a los vetones³², acaso en tierras de oretanos o contestanos, contradiciendo lo que ha venido sosteniendo la historiografía moderna³³. Para años posteriores

ce desmesurado llevar este límite sureste vetón hasta el entorno de *Sisapo* (La Bienvenida en Almodóvar del Campo, Ciudad Real) en el occidente de la Oretania (M.^a P. González-Conde, “Los pueblos prerromanos de la Meseta Sur...”, n. 21, pp. 304 y 308). Sobre la Carpetania como espacio de cuña, M.^a C. Blasco Bosques y E. Sánchez Moreno, “Apuntes de cartografía carpetana”, *Arqueología Espacial*, 21, 1999, pp. 117-151.

²⁸ Aurelio Víctor, *De viribus illustribus*, 52, 1.

²⁹ Se trata de un pasaje que ha pasado casi desapercibido para la historiografía. A. Schulten (*Fontes Hispaniae Antiquae. Fascículo III. Las guerras de 237-154 a. C.*, Barcelona, 1935, pp. 196 y 355) lo recoge y comenta algunos errores sobre esta fuente: no sería el cónsul Quinto Fulvio Nobilior quien triunfa sobre ambos pueblos, sino Marco, que en realidad era procónsul.

³⁰ Livio XXXV, 7, 8 y XXXV, 22, 8.

³¹ Nepote, *Hamilcar*, 4, 2.

³² No se señala que sea en su territorio, sino puntualmente contra ellos: *in proelio pugnans adversus vettones occisus est* (Nepote, *Hamilcar*, 4, 2).

³³ A. Schulten (*Fontes Hispaniae Antiquae. Fascículo III...* n. 29, p. 13): “Amílcar cayó en lucha con los oretanos, no con los vetones, que en las fuentes auténticas ni siquiera se mencionan y que estaban muy lejos del campo de operaciones de Amílcar”. A. Beltrán Martínez (“Algunos datos para el estudio del lugar de la muerte de Amílcar Barca”, *Caesaraugusta*, 23-24, 1964, p. 92) da poco crédito a Nepote, admitiendo en todo caso que esos vetones serían mercenarios desplazados de su territorio. Este autor se sirve de noticias como las de Diodoro (XXV, 10), Livio (XXIV, 41) o del bizantino Tzetes (I, 27) además de los hallazgos numismáticos, para defender que el primer caudillo bárquida falleció en las proximidades del Ebro, en lugar de en la región alicantina o en la jienense como piensan otros historiadores (A. Beltrán Martínez, “Algunos datos para el estudio...”, *vide supra*, 1964). J. M. Roldán Hervás (“Fuentes antiguas para el estudio de los vetones”, *Zephyrus*,

se sabe del carácter móvil de los vetones aliados en sus luchas a lusitanos, desplazándose por la Turdetania más meridional³⁴ y por ello no es de extrañar que con otras motivaciones también pisaran suelo oretano entablando relaciones de distinta índole con sus comunidades. La interrelación Guadalquivir-Duero a través de las esferas escalonadas Oretania, Beturia, Vetonía y cuenca vaccea, se deduce también arqueológicamente con un funcionamiento cultural y comercial, pero su acometida excede las pretensiones de este artículo³⁵.

2. ITINERARIO

Respecto al trayecto dibujado por Aníbal en su aventura meseteña se han ofrecido dos alternativas principales. En primer lugar, el recorrido aceptado más habitualmente es el que propusiera A. Schulten³⁶: desde Cartagena se dirigiría hacia el extremo oriental de Sierra Morena para bordearla por el norte, alcanzar el Guadiana en la Oretania, llegar por el valle del *Ana* hasta la región emeritense y desde allí tomar la dirección

19-20, 1968-69, p. 93): “Esta fuente no tiene mucho valor (...). Amílcar murió en el año 229-228 a. C. pero no en lucha con los vettones, pueblo demasiado al interior de la península con el que probablemente jamás tuvo contacto, sino más probablemente con los orisios u oretanos, a los que termina de dominar Asdrúbal. Según otra tradición (Diodoro, XXV, 10) Amílcar murió mientras ponía sitio a Ελκκη perseguido por el rey Orisio junto a un río. Dado que Ελκκη es la grequización de *Illici*, la actual Elche, el río debe ser el Vinalopó, en cuyo caso las tribus contra las que luchaban eran los contestanos a los que en época de Ptolomeo pertenece también la ciudad de *Seatabi*”. Manteniéndose esta idea en los trabajos posteriores. Sin embargo, en relación a la localización de *Illici/Helike* no hay que olvidar la propuesta de reducción en Elche de la Sierra, al sur de Albacete en la cabecera del Segura y próxima a la región oriental de Jaén (R. López Domech, *La región oretana. Estructuras indígenas y organización romana en la Alta Andalucía*, Murcia, 1996, p. 100, n. 91). Esta zona de la alta Andalucía parece encajar mejor con el escenario de extensión de la política de Amílcar, y con su mismo lecho de muerte, que el levante alicantino (J. M.ª Blázquez Martínez, “Los Bárquidas en la Península Ibérica...”, n. 6, pp. 513-514, con recopilación bibliográfica).

Sobre las características de C. Nepote como biógrafo véase el interesante ensayo de V. Valcárcel, “La Vita Hannibalís de C. Nepote”, *Veleia*, 12, 1995, pp. 267-286.

³⁴ Apiano, *Iber.*, 56 y 58.

³⁵ Para estos aspectos, E. Sánchez Moreno, *Meseta occidental e Iberia exterior. Contacto cultural y relaciones comerciales en época prerromana*. Tesis Doctoral en Microfichas. Universidad Autónoma de Madrid, 1998, pp. 359-549.

³⁶ A. Schulten, *Fontes Hispaniae Antiquae. Fascículo III...* n. 29, p. 24.

septentrional por la senda de la posterior Vía de la Plata, atravesando de sur a norte la Vetonia hasta, cruzado el Tajo y enfilado el macizo de Gredos por el corredor del Alagón, arribar al Tormés y seguir sus aguas hasta Salamanca. Este itinerario ha sido mantenido por buena parte de la investigación³⁷. Una segunda opción es el camino diagonal con dirección sureste-noroeste a través de los territorios olcade y carpetano para llegar a Salamanca desde *Toletum*; bien por el Tajo hasta *Caesarobriga* (Talavera de la Reina) o *Augustobriga* (Talavera la Vieja) para encaminarse desde ahí directamente hasta *Helmantica* por la Vía de la Plata en sentido norte, o bien bordeando por el exterior oriental la Sierra de Gredos, remontando el Alberche y dejando a oriente la Sierra de Guadarrama para acceder a la meseta norte por el este de la provincia de Ávila y siguiendo la frontera vetona-carpetano-celtibérica superar las sierras abulenses, llegar a la comarca de La Moraña y arribar por el este a *Salmantica*³⁸. Menos dudas ofrece el regreso. Los conocidos problemas que el hijo de Amílcar encuentra de vuelta cuando está a punto de cruzar el Tajo ante un ejército grueso y heterogéneo de olcades, carpetanos y helmánticos huidos³⁹, sujetan bastante bien el uso del camino diagonal —ahora noroeste-sureste— por la franja carpetana siendo muy probable que el lugar de tal lucha fuera algún vado sobre el Tajo en la provincia toledana⁴⁰.

A nuestro juicio Aníbal utilizó la Vía de la Plata en buena parte de su trayecto, por tanto aceptamos también la primera propuesta, y llegaría al Guadiana procedente de Sierra Morena pero acaso no desde fuera sino desde dentro. En concreto, si en verdad salió de *Castulo* tendría dos posibilidades de atravesar Sierra Morena⁴¹:

³⁷ Entre otros, V. Bejarano, “Fuentes antiguas para la historia...”, n. 6, p. 97; J. M. Roldán Hervás, *Iter ab Emerita Asturicam...* n. 8, pp. 170-182; G. Chic García, “La actuación político-militar cartaginesa...”, n. 9, p. 239; etcétera.

³⁸ Partidarios de este recorrido diagonal son H. M. Hine (“Hannibal’s Battle on the Tagus. Polybius III, 13; Livy XXI, 5”, *Latomus*, 38 (4), 1979, pp. 899-901), A. J. Domínguez Monedero (“La campaña de Aníbal contra los Vacceos...”, n. 12, p. 242; al menos así lo refleja en su mapa) y J. M.^a Solana Sainz (“Fuentes antiguas de Salamanca...”, n. 10, pp. 272-273).

³⁹ Con gran detalle en Livio XXI, 5, 7-17; Polibio III, 13, 5.

⁴⁰ H. M. Hine, “Hannibal’s Battle on the Tagus...”, n. 38.

⁴¹ Sobre la comunicación entre Andalucía y La Mancha y los pasos a través de Sierra Morena, *vide* M. Corchado y Soriano, “Pasos naturales y antiguos caminos entre Jaén y La Mancha”, *Boletín del Instituto de Estudios Gienenses*, 38, 1963, pp. 9-39; *id.*, “Estudio sobre vías romanas entre el Tajo y el Guadiana”, *Archivo Español de Arqueología*, 42,

1) Subiendo el río Guadalimar, superando Despeñaperros y por el Jabalón o el Azuer fondeando el Guadiana más o menos hasta la Baja Extremadura;

o bien, más probablemente

2) Desde Cástulo se dirigiría hacia el oeste en curso con el Guadalquivir hasta alcanzar el río Jándula, remontar su valle y por este enfiladero cruzar la sierra con paso directo a la zona de Puertollano y al Campo de Calatrava, a los pies ya del Guadiana que conduce a través del occidente de la provincia ciudadrealeña a la Beturia extremeña, región a partir de la cual el trayecto seguido por Aníbal voltearía su rumbo hacia el norte por el viejo camino septentrional que llegaba a la meseta castellana. La primera parte de este trayecto hasta casi el Guadiana parece ser el itinerario que dibuja de forma aproximada la vía directa entre Cástulo y Sisapo —con dirección ligeramente más al oeste—, sobre cuya importancia en época prerromana se ha llamado recientemente la atención⁴².

Nos lleva a pensar así en primer lugar el dato argüido por muchos autores de que de haber viajado por Carpetania, hubiera sido presumible que las huestes anibálicas fueran atacadas por aquellos habitantes de la meseta central, tal y como acaece en el regreso. Además de evitar la hostilidad de carpetanos y olcades (sometidos brutalmente la campaña anterior), la elección por parte de Aníbal de la alternativa Guadiana-Vía de la Plata pudo tener el propósito de seguir, inversamente, los caminos que grupos de guerreros occidentales (vetones y lusitanos) podían estar abriendo desde antiguo, como se reconoce en algunas menciones posteriores de las fuentes entrado ya el s. II a. C.⁴³, y que eran conocidos por las gentes túrdulas y oretanas que habitaban entre el Guadiana y Guadalquivir, en la línea que estamos proponiendo. Y quizá no sólo movimientos de guerreros sino también de otros agentes de interacción indígena, caso del más hipotético “pastoralismo trashumante”⁴⁴. Acudiendo al tra-

1969, pp. 124-158; y R. López Domech, “La red viaria romana de la región oretana”, *Mélanges de la Casa Velázquez*, 26 (1), 1990, pp. 75-96.

⁴² A. J. Domínguez Monedero, “Mecanismos, rutas y agentes comerciales en las relaciones económicas entre griegos e indígenas en el interior peninsular”, en *Studis d’Historia econòmica. Economia y societat a la Prehistòria y Món Antic*, I, Palma de Mallorca, 1993, pp. 47-53.

⁴³ Livio XXXV, 1 y XXXVII, 57; Orosio IV, 20, 23; Apiano, *Iber.*, 56-58; etc.

⁴⁴ La búsqueda por parte del Bárquida del cereal vacceo y de las cabañas vetonas para el abastecimiento de su ejército pudo verse facilitada por los desplazamientos ganaderos

zado del posterior *Iter ab Emerita Asturicam*, es más lógica la llegada primera a *Salmantica* y la marcha directa posterior a *Arbucala*⁴⁵ que ascendiendo por el este, pues por esta alternativa resultaría casi más cómodo llegar en primer lugar al enclave zamorano —con una longitud ligeramente más a oriente que la ciudad del Tormes— y bajar después a *Helmantica*. Pero, sobre todo, según la motivación que en nuestra opinión guía a Aníbal en esta expedición, viajando por la Vetonia los púnicos tendrían acceso a unos bienes económicos muy convenientes para futuros proyectos políticos; nos estamos refiriendo esencialmente a la

que en doble sentido norte-sur podrían llevar realizando aquellos meseteños desde años atrás; un modelo en el que Aníbal parece inspirarse. Esto podría demostrarse no sólo en el recorrido del cartaginés —un viaje por la vía también cañariega de la Plata, desde los herbazales meridionales del Guadiana hasta los agostaderos de la meseta norte vaccea, si es cierta nuestra suposición—, sino en el tiempo (en nada casual) en el que el cartaginés emprende su aventura meseteña. Según Livio (XXI, 5, 5), Aníbal sale de Cartago Nova a comienzos de la primavera, con lo cual si en verdad sigue el Guadiana hasta la parte septentrional de la provincia de Badajoz para desde ahí iniciar la marcha hacia el norte en busca del Tajo, fecha y recorrido serían afines al tráfico ganadero que a esas alturas de la temporada empieza a subir a los pastos de verano de las serranías castellanas. Esto encajaría bien con la hipótesis de que Aníbal, informado inicialmente por indígenas de áreas transicionales entre la esfera púnica y la meseta interior (oretanos o carpetanos), pudo finalmente contactar y ser orientado por grupos de pastores y/o guerreros occidentales que en aquel tiempo apacentaban sus rebaños en los “extremos” y que se verían más o menos forzados a servir al cartaginés. Se trata de expertos conocedores de la geografía del interior meseteño, maestros de larga tradición en el cruce de vados y puertos, y por ello los mejores guías para el propósito de las huestes anibálicas de penetrar hasta el corazón vacceo. Sabemos que algo parecido hizo Aníbal para cruzar por el lugar más conveniente el escollo que representaban los Pirineos y sobre todo los Alpes, sirviéndose probablemente de indígenas montañeses encuadrables en el retrato de guías-pastores, a los cuales había enviado embajadores e intérpretes para que les informara sobre el camino a elegir (Livio XXI, 23, 1; 24, 1-5; 30, 6-8; 31, 8-12; 32, 6-13 y 34, 2-6; Estrabón IV, 6, 11-12).

En cualquier caso, la comprobación de esta tesis pasa antes por analizar críticamente la viabilidad de la práctica trashumante en la Hispania prerromana. Al respecto de este debate, de renovada actualidad, *vide*: J. Sánchez-Corriendo Jaén, “¿Bandidos lusitanos o pastores trashumantes? Apuntes para el estudio de la trashumancia en Hispania”, *Hispania Antiqua*, 21, 1997, pp. 69-92; E. Sánchez Moreno, “De ganados, movimientos y contactos. Revisando la cuestión trashumante en la Protohistoria hispana: la meseta occidental”, en *Sociedades y fronteras en el mundo antiguo. Studia Historica. Historia Antigua*, 16, 1998, pp. 53-84; y L. G. de la Vega Toscano, M.^a L. Cerdeño Serrano y B. Córdoba de Oya, “El origen de los mastines ibéricos: la trashumancia en los pueblos prerromanos de la meseta”, *Complutum*, 9, 1998, pp. 117-135.

⁴⁵ El Alba en Villalazán (Zamora), o el cercano cerro de El Viso, un emplazamiento más adecuado que Toro según la distancia de los itinerarios. *Vide* n. 18.

riqueza ganadera, que no tuvo por qué ser el bien exclusivo. Y por último el argumento arqueológico, al que ahora no podemos dar cabida, pero que indudablemente nos está indicando el emparentamiento cultural muy remoto en el tiempo de la esfera andaluza oriental y del occidente meseteño, con modulaciones progresivas en los pasos del Guadiana, Tajo y Duero⁴⁶.

3. RELACIONES PÚNICOS-MESETEÑOS

Asumidas las circunstancias y la vía de acceso al territorio de expedición, vamos a debatir en pocas líneas la actitud política que Aníbal pudo desplegar en ese escenario meseteño. Planteamos la posibilidad de que los cartagineses, debido a los objetivos que traían en mente, buscaran entre los habitantes de *Helmantica*, de *Arbucala* y tal vez de otros posibles enclaves de la región silenciados en las fuentes, acuerdos más que enfrentamientos, pactos antes que luchas..., si bien para lograr lo primero debió ser imprescindible recurrir a la amenaza bélica y en no pocas ocasiones al ataque final. En este punto son de gran valor los datos transmitidos por Plutarco⁴⁷ y Polie-

⁴⁶ E. Sánchez Moreno, *Meseta occidental e Iberia exterior...* n. 35, *passim*. J. M.^a Blázquez y M.^a P. García-Gelabert han hecho hincapié en las relaciones entre Oretania y la meseta bajo una perspectiva general, aunque discrepamos con algunos puntos de su planteamiento (M.^a P. García-Gelabert Pérez, "Relaciones entre la meseta y Oretania con anterioridad a la conquista de la Península Ibérica por Roma", *Hispania Antiqua*, 17, 1993, pp. 95-118; J. M.^a Blázquez Martínez y M.^a P. García-Gelabert Pérez, "Relaciones entre la Meseta y Oretania", en M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum 2-3*, Madrid, 1992, pp. 46-55.

⁴⁷ Plutarco, *Virt. Mul.*, 248c:

"Disponiéndose a atacar Aníbal Barca, antes de emprender la guerra contra los romanos, a *Salmantiké*, ciudad grande de Iberia, llenos de temor los asediados en un principio, prometieron hacer cuanto se les ordenara y dar a Aníbal trescientos talentos de plata y trescientos rehenes. Y habiendo levantado aquél el cerco, cambiando de parecer no hicieron nada de lo que habían prometido. Habiendo vuelto en consecuencia Aníbal nuevamente y habiendo ordenado a sus soldados poner mano a la ciudad, con saqueo de sus riquezas, asustándose los bárbaros, completamente se avinieron a salir con un solo vestido los libres, abandonando las armas, las riquezas, los esclavos y la ciudad. Pero las mujeres, creyendo que los enemigos cachearían a cada uno de los hombres al salir, pero que a ellas no las tocarían, llevando puñales ocultos salieron acompañando a los hombres. Y habiendo salido todos, Aníbal, poniendo una guardia de masaisylios, los mantuvo reunidos en el arrabal, y los demás, lanzándose en desorden, saquearon la ciudad. Y hechas presas muy pingües los

no⁴⁸ a propósito de la actitud heroica de las salmantinas en el asalto de Aníbal a aquella ciudad⁴⁹. De ambas noticias se extrae un cierto talante diplomático en la empresa anibálica, suponemos que alterado por la precariedad informativa debida sobre todo a la selección de las fuentes primeras y directas —historiadores al servicio de Aníbal— desde Polibio y Livio hasta llegar a Plutarco y Polieno, los únicos cuatro autores que nos han transmitido la acción de Aníbal en la meseta norte⁵⁰.

masaisylios no pudieron contenerse viéndolas, ni prestaron atención a la guardia, sino que se enfadaron y se fueron a participar del botín. Pero en esto las mujeres, animando a voces a los hombres, les dieron las armas y algunas incluso, por sí mismas, atacaron a los de la guardia, y una, hasta quitándole la lanza a Banón, el intérprete, lo hirió, si bien tenía puesta la coraza; y de los demás, habiendo herido a unos o hecho huir a otros, los bárbaros huyeron en compañía de sus mujeres. Mas, enterado Aníbal y puesto en su persecución, a los que se quedaron atrás los apresó; pero los demás, metiéndose en los montes, se escaparon rápidamente, y después, habiendo mandado una embajada de súplica, consiguiendo la impunidad y misericordia fueron repuestos por Aníbal en la ciudad” (traducción de V. Bejarano, “Fuentes antiguas para la historia...”, n. 6, p. 105).

⁴⁸ Polieno VII, 48:

“Aníbal en Iberia puso cerco a una ciudad grande: *Salmantida*; hicieron un tratado para, recibiendo trescientos talentos de plata y trescientos rehenes, levantar el cerco. Pero no cumpliendo los salmantinos lo convenido, volviendo Aníbal lanzó los soldados a saquear la ciudad. Suplican los bárbaros que se les deje salir con un vestido junto con sus mujeres, después de abandonar las armas, las riquezas y los esclavos. Las mujeres, habiendo ocultado las espadas bajo sus vestidos, se las entregaron a los hombres. Y los soldados de Aníbal se pusieron a saquear la ciudad. Y las mujeres, animando a gritos a los hombres, les entregaron las espada; y algunas, siguiendo a los hombres, atacaron a los que saqueaban la ciudad, de suerte que a unos hirieron y a otros mataron y se batieron juntos. Aníbal, admirado de la valentía de las mujeres, por ellas devolvió a sus hombres la patria y las riquezas” (traducción de V. Bejarano, “Fuentes antiguas para la historia...”, n. 6, p. 106).

⁴⁹ De este hecho se ocupó hace bastantes años M.^a C. Fernández Chicharro (“Valor de las mujeres salmantinas en las campañas contra Hannibal”, *Helmantica*, 17, 1954, pp. 257-264).

⁵⁰ En efecto, el punto de partida en la información sobre las campañas anibálicas descansa en la obra de los historiadores griegos que acompañan al caudillo púnico, ilustrados testigos presenciales de la talla de Sileno de Caleacte, Sósilo de Lacedemonia o Filino de Agrigento, que formaban parte como humanistas y gramáticos del círculo cultural de Aníbal tal como refiere Nepote (*Hannibal*, XIII, 3). Los escritos de estos autores, con posiciones filocartaginesas más o menos encubiertas (Diodoro XXIII, 9, 1 así lo señala para Filino), no han llegado a nosotros pero de ellos sin duda bebieron Polibio y Livio; en especial de Sileno, lo cual explica la similitud de las versiones transmitidas por ambos. Se piensa que Polibio le consultó directamente, mientras que Livio lo haría a través de Celio Antipater. Por otra parte Plutarco parece que recurre a Sósilo de Lacedemonia, quien escribió una obra sobre Aníbal en siete tomos (Diodoro XXVI, 4), habida cuenta que ofrece datos de los que no se hacen eco ni Polibio ni Livio. Véanse para estos aspectos, A. Schulten (*Fontes*

En primer lugar, de los pasajes de los dos historiadores griegos (el relato de Polieno no es más que un resumen del de Plutarco) se intuye que Aníbal condiciona la toma de la ciudad al cumplimiento por parte de los indígenas de una serie de disposiciones, principios de un acuerdo. Con ese compromiso, los púnicos respetan la ciudad si se les hace entrega de trescientos talentos de plata y rehenes⁵¹ en igual número. Pero no queda claro que tales entregas fueran todo lo que Aníbal buscara de aquella comunidad, sino que más bien parece que ceder plata y prisioneros era algo así como el requisito para negociar y evitar, de entrada, el asalto del potente ejército cartaginés. Toda vez que los salmantinos prometen dar a Aníbal lo que exige, éste levanta el cerco de la población; pero, al no entregar el tributo e incumplir su palabra, los salmantinos sufren en un segundo momento la violencia de las tropas de Aníbal, saqueadoras de su ciudad. A nuestro juicio parece claro que las intenciones de Aníbal son llegar a un entente (lógicamente no en términos igualitarios para ambos bandos, sino con lógica ventaja para la facción asaltante mucho más poderosa y amenazante) y conseguir por vía diplomática lo que había venido a bucar a aquellas tierras. Otra cosa es que el desarrollo de los acontecimientos lo imposibilitara y al final la fuerza sustituyera a la palabra. De nuevo el talante cuando menos flexible de Aníbal, en comparación con operaciones implacables llevadas a cabo en otros puntos al igual que había hecho Amílcar, queda puesto de manifiesto al permitir el cartaginés la salida de los salmantinos con una ropa y sin armas⁵² antes de que los soldados púnicos devastaran la ciudad.

Hispaniae Antiquae. Fascículo III... n. 29, pp. 26-27), V. Bejarano (“Fuentes antiguas para la historia...”, n. 6, pp. 104-107), J. M.^a Solana Sainz (“Fuentes antiguas de Salamanca...”, n. 10, p. 272, n. 9) y V. Valcárcel (“La Vita Hannibalis...”, n. 33, pp. 275 n. 47-48 y 280 n. 78). La pérdida de esta información original es un infortunio pues, por su proximidad con los hechos relatados, su contenido habría revelado noticias fundamentales para profundizar en el conocimiento de las tierras y las gentes que entraron en contacto con Aníbal Barca.

⁵¹ En otro lugar hemos propuesto entender a estos rehenes como prisioneros de guerra tomados por los salmantinos a los tropas de Aníbal u otras gentes extranjeras, los mismos que dejan en la ciudad (*esclavos*) junto con las armas y riquezas cuando son desalojados poco después por los cartagineses (E. Sánchez Moreno, *Meseta occidental e Iberia exterior...* n. 35, p. 146, n. 91-92). Así, devolver los rehenes capturados se presentaría como condición preliminar indispensable para proceder a la negociación con los indígenas.

⁵² Eran las mujeres las que escondieron el armamento en sus vestidos para entregarlo después a sus maridos y reavivar la resistencia, como es bien sabido.

Más aún, entre los alistados cartagineses había intérpretes, como aquel Banón que fue herido por una indígena que le había robado su propia espada⁵³. No debió de ser poca la importancia de personajes como traductores, guías, embajadores y representantes diplomáticos acompañando a los ejércitos de Aníbal pues su intervención podía resultar clave en la política de acuerdos, alianzas y exigencias practicada por el caudillo cartaginés con las comunidades iberas. Muchos de ellos serían púnicos o incluso maestros griegos más o menos diestros en esos menesteres, pero también Aníbal pudo servirse de intérpretes indígenas con suficiente conocimiento de la lengua, costumbres y posibilidades de negociación de las comunidades meseteñas en las que Aníbal estaba interesado. Por razones antes esgrimidas, especialmente el carácter intermediario y abierto desde el punto de vista geográfico y cultural de sus países, individuos oretanos y carpetanos pudieron muy bien ser contratados como mediadores —u obligados a convertirse— entre Aníbal y los pueblos meseteños, amén de ser ellos también quienes con antelación informaran al caudillo púnico de las características y riquezas de las tierras interiores.

Un último dato en este sentido es el hecho de que el episodio de Aníbal en *Helmantica* acaba con un final relativamente feliz. Plutarco y Polieno nos cuentan que después de todos los avatares (auxilio de las mujeres, huida de los indígenas, persecución de Aníbal, súplica final de perdón por parte de los salmantinos...), el cartaginés trató con benevolencia a los salmantinos y les restituyó su situación y posesiones. Lógicamente según estas fuentes griegas la clave del indulto de Aníbal reside en el comportamiento ejemplar de las mujeres salmantinas, que conmovió al mismo Aníbal y que ambos autores elogian en evidente clave moralista. Sin embargo, creemos que esta *interpretatio* excesivamente literaria puede camuflar una realidad mucho más práctica: si en verdad Aníbal perdonó a los salmantinos y les permitió volver a su ciudad, lo hizo porque éstos habían terminado por aceptar las proposiciones del cartaginés, ahora más forzadamente. En el consentimiento indígena a los planes del bárquida tocante a la cooperación que debían prestarle (en primera instancia el suministro de víveres cerealísticos y animales, tanto en aquel momento cuanto garantizar el envío en próximas temporadas, además de otros requisitos como la entrega de hombres para el ejército o de

⁵³ ... μια δε και λογχην εξαρπασσα Βανωνος του επιηθεως αυτον εκεινον επαλασεν... (Plutarco, *Virt. Mul.*, 248).

riquezas en metal noble, pongamos por caso), se puede esconder el porqué de la resolución final de la expedición anibálica a las tierras de la alta meseta.

Siguiendo con nuestro argumento y dando por válido lo que aquí un tanto arriesgadamente proponemos, tras concluir el acuerdo con los habitantes de aquellas poblaciones⁵⁴ Aníbal debió dejar algún tipo de poder o representante que asegurara el cumplimiento de las obligaciones de los meseteños para con la política bárquida, entre ellas el transporte de excedentes alimenticios a algún punto determinado⁵⁵. El carácter levantisco de aquellas gentes era un trance que el propio Aníbal había experimentado en su estancia en *Helmantica*, por ello no extrañaría que éste recurriera a ejercicios diplomáticos con los indígenas para garantizar sus objetivos tras su marcha, por ejemplo pactar matrimonios mixtos entre delegados púnicos que pudieran permanecer en tierras meseteñas durante un tiempo como representantes de Aníbal y nobles damas de las principales comunidades indígenas⁵⁶. Otra posibilidad que no excluye la anterior y que contribuiría a la pacificación de ese territorio una vez que Aníbal ya no estuviera presente, sería la concesión por parte del poder púnico de privilegios a modo de regalos políticos que satisficieran algu-

⁵⁴ Hemos analizado el caso de *Helmantica* por ser el único en el que se detienen los textos, pero pensamos que pudo producirse algo similar en *Arbucala*, que ofrece dura resistencia, y en otros enclaves anónimos.

⁵⁵ Caso de la orilla meridional de la desembocadura del Ebro, en opinión de A. J. Domínguez Monedero, “La campaña de Aníbal contra los Vacceos...”, n. 12.

⁵⁶ Recurso practicado por varios miembros de la familia Barca, tal como se ha indicado. Al respecto, M.^a C. Martínez López, “Las mujeres de la Península Ibérica durante la conquista cartaginesa y romana”, en E. Garrido González (ed.), *La mujer en el mundo antiguo. Actas de las V Jornadas de investigación interdisciplinar*, Madrid, 1986, pp. 387-395 (2.^a ed. 1995); y E. Sánchez Moreno, “La mujer en las formas de relación de la Iberia protohistórica. I - Testimonios literarios”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II: Historia Antigua*, 10, 1997, pp. 289-291. Para M. Almagro Gorbea los enlaces matrimoniales y otros acuerdos diplomáticos, remontables al Período orientalizante, se vieron favorecidos por los cartagineses dado su sistema político imperialista basado en fórmulas de “protectorado” o control indirecto, para lo que se apoyarían en las élites locales. Al parecer de este autor, sólo la romanización definitiva del territorio habría supuesto su paulatina extinción al pasar el mundo colonial indígena a ser gobernado por administración directa (*direct rule*), situación en la que dichas estructuras indígenas perderían su función social y política en favor del nuevo aparato gubernamental, aunque la población seguía siendo tanto colonial como autóctona (M. Almagro Gorbea, *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico. Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia. Madrid, 17 noviembre de 1996*, Madrid, 1996, p. 120, n. 234).

nas necesidades indígenas, entre ellos se pueden barajar recompensas retributivas como la promesa de protección por parte de Aníbal a la hora de algún conflicto de envergadura, el compromiso de garantizar la llegada a tierras vetonas y vacceas de productos meridionales bajo el monopolio cartaginés desde hacía tiempo, bienes escasos en esas latitudes meseteñas y por ello muy valorados: caso de la sal⁵⁷, a la que añadiríamos el suministro de vino y aceite de Turdetania o el abastecimiento de metales (hierro, plata, cobre...) a ámbitos tan necesitados como el solar vacceo, traídos de focos punizantes como la Beturia, Oretania o la misma región de Cartago Nova. Para garantizar que los meseteños cumplieran los compromisos, Aníbal pudo desplegar igualmente medidas coercitivas, como la captura de prisioneros: familiares de los jefes indígenas tomados durante un tiempo como rehenes de los púnicos⁵⁸; una maniobra de uso frecuente en la política expansionista de los ejércitos mediterráneos⁵⁹.

Por descontado que los textos nada dicen de estos acuerdos ya que los intereses de los autores son otros bien distintos: la presentación de Aníbal como el poderoso tirano enemigo del expansionismo romano que están historiando (Polibio, Tito Livio) y la anécdota del templado comportamiento de unas mujeres hispanas frente a la acción de Aníbal tomada casi como excusa (Plutarco, Polieno). Resulta curioso que cuando de regreso hacia el sur Aníbal se topa con la hostilidad de un conglomerado de indígenas, quienes le hacen frente son carpetanos, olcades y sólo algunos vacceos, explícitamente los huidos del asalto a sus ciudades (*Helmantica*), lo cual puede indicar que el resto de habitantes habían quedado más o menos pacificados y sometidos a las condiciones políticas exigidas por el cartaginés a los habitantes del medio Duero⁶⁰.

⁵⁷ En lo que insiste J. Mangas. *Vide* n. 11.

⁵⁸ Polibio III, 98, 1.

⁵⁹ *Vide* E. García Riaza, "La función de los rehenes en la diplomacia hispano-romana", *Memorias de Historia Antigua*, 18, 1997, pp. 81-107; donde se analizan los distintos usos que se hace de este colectivo: diplomático (reclamaciones de pagos y entrega de rehenes), garantía de fidelidad militar, expresión simbólica de sumisión, etcétera.

⁶⁰ Algo parecido piensa H. M. Hine ("Hannibal's Battle on the Tagus...", n. 38) pero en diferente contexto. Según este autor Aníbal había entablado pactos de amistad con los carpetanos, lo cual le sirve a Hine para pensar que el cartaginés realizaría el acceso a *Helmantica* y *Arbucala* sin ningún problema por el territorio carpetano en lugar de por la vía de la Plata, habida cuenta que eran sus aliados. Al regresar por el mismo camino Aníbal es sorprendido a la altura del Tajo por el levantamiento de varios pueblos meseteños, entre ellos los carpetanos que habrían roto su fidelidad púnica al ser incitados a sublevarse por

4. INFRAESTRUCTURA Y POSIBILIDADES DE RESPUESTA INDÍGENAS

Para terminar y mucho más brevemente señalaremos un par de aspectos tocante a la valoración de las responsabilidades que los meseteños pudieron asumir con base en la conclusión de la expedición cartaginesa. Así, como consecuencia de los acuerdos firmados con Aníbal las comunidades vetonas y vacceas, bajo la supervisión o el control de posibles legados púnicos dejados en esta región como garantes políticos, se harían cargo del envío de los excedentes agropecuarios de cada temporada a un punto de abastecimiento púnico como pudo ser la boca del Ebro, desde donde Aníbal organizaría la partida definitiva de Iberia camino de otra península, la Itálica. Esto supone admitir que las gentes de la meseta occidental encargadas del transporte, saliendo de la cuenca sedimentaria vaccea y tomando como hilo conductor el curso del Duero, debían llegar al valle del Ebro bien continuando por aquel río hasta la zona de Almazán y de ahí alcanzar a la altura de *Bilbilis* el destacado corredor del Jalón que lleva hasta el *Iberus*, o bien desde Burgo de Osma subir en dirección noreste hasta Numancia, cruzar por alguno de los valles o puertos el Sistema Ibérico y, bajando hasta Tarazona por ejemplo, atrapar al Ebro por la región de Tudela. Sea cual fuera el camino seguido que ahora no toca detallar, lo que está claro es que con partida en la meseta occidental estas expediciones atravesarían múltiples territorios étnicos: desde el

díscolos grupos de olcades y vacceos (H. M. Hine, “Hannibal’s Battle on the Tagus...”, n. 38, pp. 899-901). Ya hemos expuestos las razones que nos llevan a preferir la vía occidental oretano-vetona como itinerario de ida de Aníbal, sin embargo sí vemos factible la conexión carpetano-cartaginesa como bien indican algunas fuentes al hacerse eco de la diplomacia de Asdrúbal (Polibio, II, 36, 2; Livio, XXI, 2, 5) y del avance del dominio bárquida en la Península antes del gobierno de Aníbal (Diodoro XXV, 11-12; Apiano, *Iber.*, 6; Polibio III, 13; etc.). Tampoco ello impide admitir que el carpetano es otro de los grupos intermediarios entre el Mediodía ibérico (esfera cartaginesa) y la meseta ulterior, y que acaso fueran algunas de sus gentes las que suministraran datos a los púnicos sobre lo que podrían encontrar en las tierras occidentales allende del Tajo, un mundo con el que los pobladores de la meseta central mantenían un contacto cultural e histórico de larga tradición (en este último sentido, como perspectiva general véase M.^a C. Blasco Bosqued, “Etnogénesis de la Meseta Sur”, en M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum 2-3*, Madrid, 1992, pp. 281-297; y M.^a C. Blasco Bosqued y E. Sánchez Moreno, “Apuntes de cartografía carpetana” n. 27).

vacceo, pasando por el de celtíberos arévacos, tal vez el de berones, los de celtíberos más orientales (titos y belos) y sedetanos, hasta llegar por último al de los grupos íberos del bajo litoral catalán, caso de ilergetes, cosetanos e ilergavones. Si es cierto que se originaron expediciones por la meseta septentrional de oeste a este, hemos de asumir la existencia de unas, permítasenos la expresión, “relaciones internacionales intermese-teñas” más o menos positivas y reguladas que permitieran la llegada de la mercancía a la meta final, tras muchas jornadas, escalas, pasos y negociaciones. Sólo arrojamamos aquí la idea, y somos conscientes de que se apoya más en conjeturas que en sólida base argumental, de que desde este planteamiento podemos vislumbrar un tráfico de gentes, mercancías e ideas en circulación por toda la meseta con mucha mayor densidad de lo que tradicionalmente se ha supuesto⁶¹. En este paisaje de interacción resulta más fácil articular la política llevada a cabo por los cartagineses hasta la línea del Ebro.

Tales movimientos requieren de mínimos principios organizativos a cargo de las comunidades más representativas de cada franja territorial. Debieron ponerse en funcionamiento una serie de vectores principales, a modo de “cabezas comarcales” representadas por un núcleo poblacional, un centro de tipo religioso u otro órgano geo-político cualquiera, y además también se hace necesaria la existencia de una infraestructura técnica (vías, itinerarios, vehículos, áreas de abastecimiento...) que haga viable partidas de transporte del tipo de las que aquí formulamos teóricamente⁶². En este sentido es más factible comprender la fuerza y asiduidad de conexiones intrameseteñas tan destacadas como la protagonizada por vacceos y arévacos, en concreto el suministro cerealístico de vacceos a numantinos en el conflicto celtibérico, episodio sobradamente

⁶¹ E. Sánchez Moreno, *Meseta occidental e Iberia exterior...* n. 35, *passim*.

⁶² Por supuesto que la apertura y el funcionamiento de esta trama viaria depende del todo de la situación que vivan los sujetos que la activan, tanto los que forman parte del territorio por el que transcurren esas vías como los que las utilizan como viandantes. Circunstancias sin duda alguna oscilantes en el tiempo según coyunturas políticas y/o culturales. Pero al lado de comportamientos violentos (guerra, bandolerismo, mercenariado...) aquellas gentes también desarrollaron mecanismos de relación pacíficos (alianzas diplomáticas, auxilios militares, relaciones comerciales y otros tipos de intercambio, prácticas hospitalarias...), a un nivel más intenso que el de simples experiencias eventuales con el que son contemplados en la historiografía tradicional (un desarrollo de estas cuestiones en E. Sánchez Moreno, *Meseta occidental e Iberia exterior...* n. 35, pp. 696-791).

documentado en los textos⁶³. A través de esta red interterritorial la meseta occidental distribuyó otras categorías de transeúntes a diferentes esferas, por ejemplo las cuadrillas vetonas de cariz guerrero que vemos viajar y actuar en conflictos armados, aliadas o al servicio de entidades vecinas más o menos lejanas⁶⁴. De hecho algunas comunidades meseteñas, especialmente las de sociedades aparentemente guerreras como la vetona, pudieron enviar en recorridos similares a los descritos, además de víveres alimenticios, fuerzas militares para fortalecer el ejército púnico en los años inmediatamente anteriores al estallido de la Segunda Guerra Púnica e incluso durante el transcurso del conflicto. Está bien atestigüado el apoyo que Aníbal halló en las gentes indoeuropeas hispanas, entre las que acaso no sea descabellado imaginar la presencia de individuos de la meseta occidental funcionando como mercenarios enmascarados en adscripciones globalistas del tipo de lusitanos o celtíberos.

Concluimos ya nuestra reflexión recopilando los aspectos sobre los que hemos llamado la atención. Las fuentes de información de las que se sirvió Aníbal para valorar el interés que la región vacceo-vetona habría de jugar en sus planes, el recorrido realizado por el cartaginés desde el sureste hasta coronar el borde del Duero, los acuerdos que pudo pactar con comunidades indígenas tras iniciales enfrentamientos, las redes de comunicación abiertas en un mundo que no alcanzan a ver las fuentes clásicas..., son, en suma, cuestiones a tener en cuenta desde el punto de vista de la atracción que un foco desconocido hasta entonces en la documentación antigua levanta sobre la política bárquida y desde la perspectiva de la interacción establecida entre ambas esferas. Más puntualmente hemos propuesto —no sin riesgos— que Aníbal, informado por los orre-tanos, arribaría en el 220 a. C. al Duero vacceo a través del territorio ve-

⁶³ En último lugar, E. Sánchez Moreno, “Los vacceos en las fuentes literarias...”, n. 14, pp. 54-58 y 65.

⁶⁴ Ya hemos hecho alusión a varios de estos datos. Además del célebre frente de helmánticos, olcades y carpetanos contra Aníbal a orillas del Tajo (220 a. C.) (Polibio III, 13, 5-14; Livio XXI, 5, 7-17), cabe citar la acción de vetones, vacceos, celtíberos y toledanos contra Marco Fulvio en *Toletum* (193-192 a. C.) (Livio XXXV, 7, 8 y XXXV, 22, 8), las correrías de lusitanos y vetones en el sur asediando núcleos aliados de Roma (Apiano, *Iber.*, 56) que concluyen temporalmente con la firma de un tratado con el gobernador romano —pacto que terminan por incumplir— (Apiano, *Iber.*, 58), etc.

tón, sirviéndose del camino que más tarde une *Emerita* con *Asturica* y que en esta época pudo ser ya una destacada vía en el tránsito humano y ganadero. La búsqueda de cereal vacceo y tal vez de rebaños vetones, en definitiva el potencial económico de esta región con el que abastecer a sus tropas de cara a la inminente campaña de la Península Itálica, pudiera ser la explicación que dé sentido a la aventura anibálica, aunque no hay que descartar otras razones adicionales. Igualmente este episodio nos ha servido para estimar en algo las expectativas que las tierras entre el Guadiana y el Duero levantan en la iniciativa de grupos foráneos, peninsulares o extrapeninsulares, y para enjuiciar desde un posicionamiento interno pocas veces atendido las posibilidades de relación, recorrido, acuerdo y conquista para aquel tiempo y lugar.